

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 11, capítulo CLXXXVII

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 11, capítulo CLXXXVII

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM Azcapotzalco)**

Capítulo CLXXXVII

Diversos sucedidos en Washington

Julio a septiembre de 1866

CAPÍTULO CLXXXVII

DIVERSOS SUCEDIDOS EN WASHINGTON

Julio a septiembre de 1866

Sin medir las graves consecuencias de su paso, el general González Ortega entrevistó al secretario de Estado Seward, pidiéndole que el gobierno de los Estados Unidos lo reconociera como el presidente legítimo de México. No obstante lo reservado de la visita, Matías Romero se enteró, apresurándose a comunicarlo a Juárez.

Completando informes anteriores, Romero avisa al ministerio de Relaciones que el gobierno de los Estados Unidos está decidido a no vender armas a los republicanos mexicanos y, que por debajo, sin declararlo públicamente, ha prohibido su venta y rectificado la autorización que había dado en el caso de Andrés Treviño.

Lerdo de Tejada comunica a Romero, en relación a la entrega de \$4,000 a la familia de Juárez, que al principio éste había negado su autorización, pero que finalmente, ante la insistencia de él y del ministro Iglesias, había aceptado se le diera un abono, "porque hace bastante tiempo que el ciudadano presidente no ha recibido ninguna cantidad por cuenta de sus sueldos".

Lerdo de Tejada, comentando el regreso del general J. M. Schofield a los Estados Unidos, ratifica el parecer del gobierno mexicano, que ya no estima necesario utilizar los servicios de jefes militares ni voluntarios extranjeros.

Considerando conveniente divulgar la biografía de Juárez, Romero hace publicar un trabajo preparado por Anastasio Zerecero, si bien omitiendo el nombre del autor, por residir en la Ciudad de México, Apareció en *La Voz de América*, publicación que se editaba en español en Nueva York.

Tan luego llegó a manos de Juárez el texto impreso de la biografía antes citada, escribió a Romero rectificando tres puntos que le parecieron de importancia, a saber: el intento de Santa Anna de penetrar al estado de Oaxaca en 1847; la expedición de la ley Juárez y los acontecimientos de Santa Ana Acatlán, cuando las fuerzas del teniente coronel Landa lo rodearon en su marcha de Guadalajara a Manzanillo. Son hechos interesantes, pero no de gran importancia; sin embargo, quiso rectificarlos de inmediato, bajo su firma.

En cambio, por esos mismos días, en el periódico oficial apareció la carta que se le ha atribuido como enviada a Maximiliano. De inmediato nada se dijo y sólo unas semanas después apareció una gacetilla sin firma, negando la autenticidad del documento en razón de una opinión de Juárez al respecto. Rectificación muy débil.

A mediados de agosto, Seward se entera de los nombramientos de Maximiliano a favor de los franceses como miembros de su gabinete. El general d'Osmont como ministro de Guerra y de Friant como ministro de Hacienda. Inmediatamente envió una nota oficial al marqués de Montholon, haciéndole ver que, si esto se llevaba a cabo, perjudicaría las buenas relaciones entre los Estados Unidos y Francia, a la vez que el Congreso estadounidense consideraría esto incompatible con la promesa de retirar las tropas francesas de México.

Al recibir Santa Anna la respuesta del gobierno, firmada por Sebastián Lerdo de Tejada, rechazando su ofrecimiento de servicios, con gran cinismo contesta con una larga nota fechada el 5 de septiembre. En ella da respuesta no sólo a la nota de Lerdo de Tejada, sino también a las dos comunicaciones de Matías Romero de semanas anteriores. Pasa sobre ascuas respecto a sus declaraciones a favor de la intervención y el imperio, pretende usar como argumentos defensivos la expulsión de que fue víctima, la incautación de sus bienes y los ataques que le hace el régimen de Maximiliano.

Santa Anna hace llegar la comunicación a Romero hasta el 18 de septiembre, pero éste se apresura a contestarle con energía y precisión en una larguísima nota. No se anda por las ramas y le endilga los más duros calificativos; concluye dando por terminada la discusión y le anticipa que

ya no se dará respuesta a cualquier comunicación que envíe o declaración que haga.

DOCUMENTOS

Julio a septiembre
De 1866

GONZÁLEZ ORTEGA SOLICITÓ DE SEWARD
SE LE RECONOCIERA COMO PRESIDENTE

Washington, julio 7 de 1866

Señor don Benito Juárez
El Paso (del Norte)

Mi muy querido amigo:

Con la correspondencia que mando hoy al señor Lerdo, van varias cosas importantes, entre otras, por ejemplo, una conversación que tuve ayer con el señor Barreda, ministro del Perú, quien me informó que (González) Ortega ocurrió a Mr. Seward solicitando lo reconociera como presidente legítimo de México.

Procuraré que vaya esta nota hoy, aunque es ya tarde y hay otras varias cosas pendientes y en caso de que no fuere esto posible, irá con seguridad mañana.

Hoy vino parte de la correspondencia del *Manhattan*. Recibí yo dos números de *La Idea Liberal*, de los cuales incluyo a usted uno y otro lo mando al señor Lerdo, por tener un artículo importante sobre Santa Anna.

Esta noche traerán los periódicos más detalles y si hubiere algo más, lo comunicaré a usted mañana.

Para hoy me ofrecieron algunos ejemplares del cuaderno sobre (González) Ortega; pero creo que no estará sino hasta mañana.

Soy de usted afectísimo amigo y seguro servidor.

Matías Romero

NUEVAMENTE SEWARD PONE OBSTÁCULOS
PARA VENDER ARMAS AL GOBIERNO REPUBLICANO

Washington, julio 9 de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores
El Paso del Norte

En mi nota número 417, de 8 de junio próximo pasado, relativamente (sic) a la compra de unas armas que debía hacer el ciudadano Andrés Treviño, dije a usted que ya había un modo seguro de comprar armas de este gobierno a precios módicos y, con relación al proyecto especial del ciudadano Treviño, manifesté a usted que le enviaría copia y traducción de la orden que le iban a dar para que en el arsenal de Baton Rouge, estado de Louisiana, le vendieran ciertos artículos de guerra.

Ahora tengo que hacer algunas rectificaciones respecto de estos dos puntos.

En primer lugar, debo decir a usted que el ciudadano Treviño me ofreció, al estar yo escribiendo mi nota citada, que luego que le dieran en el ministerio de Guerra la orden referida, lo cual debía ser, como en efecto fue, en la tarde de ese mismo día, me la traería para que tomase yo copia de ella. Ocurrió en efecto por la orden citada, que le fue entregada según se le había ofrecido, pero no me la trajo en la tarde y en la mañana del día siguiente se fue para Nueva York sin haberme visto y sin mandarme copia de la orden referida. Por mi parte le envié, según le había ofrecido, un traslado de mi citada nota, número 417, al que me contestó con fecha 18 de junio en los términos que verá usted en la copia que le remito de su respuesta. Esto es lo último que recibí de él. Después supe que se había ido de Nueva York y la manera poco regular con que lo verifiqué, me hizo averiguar algo respecto de sus pasos y he sabido lo

siguiente: primero, que no compró nada en el arsenal de Nueva York y, segundo, que aunque llevó un duplicado de una orden dirigida al jefe del arsenal de Baton Rouge para que le vendiera ciertos artículos a precio fijo, el principal de esta orden lo pidió el ministro de la Guerra, quien lo dejó sobre su mesa, sin ánimo de enviarlo a su destino, lo que equivale a una revocación de la orden. Estos informes me los ha comunicado el general Dyer, jefe del departamento de maestranza del ministerio de Guerra. El mismo general me dijo que el jefe de la maestranza de Baton Rouge no dará cumplimiento a la orden cuyo duplicado llevó el señor Treviño, sino en el caso de que reciba el principal.

Habiéndose presentado el general Sullivan ofreciéndome en venta artículos de guerra, bajo términos convenientes, le indiqué que, para que los consiguiera a precios moderados, sería bueno que los comprara de este gobierno. Fue a ver con este objeto al general Dyer, quien lo informó de que el secretario de Guerra había dado orden para que se suspendiera toda la venta de armamento y municiones. El general Sullivan le pidió una constancia de esto y el general Dyer le dio la comunicación de que acompaño copia y traducción. De esto resulta que, temeroso probablemente Mr. Seward de que nosotros pudiéramos hacer algunas compras de armas de este gobierno, de terminó que no se haga ninguna venta. Se cree que el motivo de esta suspensión es el temor de que las compren los "fenianos",¹ lo cual podía también ser cierto. Esto, sin embargo, viene a manifestarnos de una manera evidente que no nos sería posible obtener ni un fusil de este gobierno, aun cuando tuviésemos los fondos necesarios para comprarlos.

El ministro del Perú me dijo, el viernes de la semana pasada, que a él le habían hecho una cosa semejante; esto es, le ofrecieron venderle cañones de grueso calibre y cuando un comerciante norteamericano se presentó a comprarlos le dijeron que no podían venderlos.

Esta circunstancia y la de la guerra que ha estallado en Europa han hecho subir considerablemente el precio de las armas en el mercado de este país.

¹ Se refiere a los partidarios de González Ortega.

He informado de todo esto al general Grant, quien cree que no puede hacer más de lo que ha hecho, aunque lamenta mucho lo ocurrido.

Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero

ABONO A LOS SUELDOS
DEL PRESIDENTE JUÁREZ

Chihuahua, julio 21 de 1866

Al ciudadano Matías Romero,
enviado extraordinario y ministro plenipotenciario
de la República Mexicana en los Estados Unidos de América
Washington

En la nota número 342, de 5 de mayo último, me comunicó usted que había remitido al ciudadano Pedro Santacilia una libranza por valor de \$4,000, en papel, que había usted creído conveniente entregar a la familia del ciudadano Presidente de la República, por cuenta de sus sueldos.

Con dicha nota me envió usted copias de las comunicaciones que sobre esto dirigió usted al ciudadano Santacilia y de su respuesta, en la cual manifestó usted que conservaría la cantidad a disposición de la señora esposa del ciudadano presidente, a reserva de escribir al mismo para que dijese si aprobaba que se recibiera.

Cuando recibí la nota de usted y, al dar cuenta de ella al ciudadano presidente, me dijo contestase a usted que su familia no recibiera la expresada cantidad; pero estando presentes el ciudadano ministro de Hacienda y yo y considerando que lo disponía así por motivos de delicadeza, cuando realmente su familia podía tener necesidad de algunos recursos, porque hace bastante tiempo que el ciudadano presidente no ha recibido ninguna cantidad por cuenta de sus sueldos y porque debe haberle ocasionado gastos crecidos la traslación y permanencia de su familia en el extranjero, le manifestamos las diversas razones por qué no debía impedir que su familia recibiera esa cantidad y consintió en que se contestase a usted aprobando que hubiese mandado entregársela.

Ahora envío copias de la nota de usted y de sus anexos al ministerio de Hacienda, para los fines consiguientes.

Protesto a usted mi muy atenta consideración.

(Sebastián) Lerdo de Tejada

REGRESA EL GENERAL SCHOFIELD
A LOS ESTADOS UNIDOS

Chihuahua, julio 25 de 1866

Al ciudadano Matías Romero,
enviado extraordinario y ministro plenipotenciario
de la República Mexicana en los Estados Unidos de América
Washington

Me comunicó usted en su nota número 412, fecha 5 de junio último, de la que sólo he recibido el duplicado, que el general J. M. Schofield había regresado a ese país recientemente; que había manifestado a usted lo que consideraba haber hecho en París para procurar que el gobierno francés determinase el retiro de sus fuerzas de México; que había indicado a usted su intención de ayudar a los intereses de la República Mexicana y que usted se proponía hablar con Mr. Tiff.

[...]

Por todo lo que ha comunicado usted anteriormente acerca del mismo general, ha visto el gobierno que cuando él se manifestó dispuesto para venir en ciertos casos a prestar sus servicios a la República, ocurrió a ese gobierno la idea de enviarlo a París con un encargo confidencial; que ni usted ni el gobierno de la República, han tenido algún conocimiento que pudiera estimarse un poco exacto, de los términos de aquel encargo; que tampoco usted ni el gobierno, han sabido lo que en su desempeño estuviera él haciendo en París, pues no sabe el gobierno que él dirigiese a usted desde allá más que una carta, a poco de haber llegado, con una sencilla indicación de que presentaban buen aspecto los asuntos de México; que desde el principio hubo algunos indicios para presumir

que el objeto primario, del encargo confidencial que se le dio, fue evitar que tomase parte en ciertos auxilios que pudieran venir a México dándole dicho encargo, que puede presumirse reducido a una comisión informativa para el gobierno de los Estados Unidos y para su ministro en París y que ya usted cuidó de que se le diese una cantidad cuando emprendió el viaje que ahora ha terminado.

Respecto de los servicios que antes estaba dispuesto a venir a prestar a la República, según he dicho a usted con otro motivo en alguna otra vez, no considera el gobierno que estamos por ahora en el caso de procurar esa clase de servicios.

En cuanto a los que pueda prestar o a la influencia que pueda ejercer en otros asuntos, de un modo favorable para la causa de la República, usted podrá apreciar lo que fuere oportuno según las circunstancias. Sobre esto, ve el gobierno que usted acertadamente sólo se proponía procurar lo que pudiera ser benéfico, sin gravamen de la República.

El ciudadano presidente tiene la debida confianza en el ilustrado celo de usted para estar seguro de que, en lo que no sea necesario, evitará usted siempre todo compromiso inconveniente.

Protesto a usted mi muy atenta consideración.

(Sebastián) Lerdo de Tejada

SE PUBLICA LA BIOGRAFÍA DE JUÁREZ
EN LOS ESTADOS UNIDOS

Washington, julio 28 de 1866

Señor don Benito Juárez
Chihuahua

Mi muy querido amigo:

Sigo aún sin recibir ninguna de las gratas de usted; si por el correo del miércoles próximo no tengo correspondencia de ésa crecerá mi alarma y ya con fundamento.

Las noticias que envió hoy respecto de armas y municiones enviadas a la República son muy satisfactorias. Mandaré más detalles luego que los reciba.

Habrá usted visto que *La Voz de América* acabó ya de publicar la biografía de usted que vino de México. Es la mejor que yo he visto, porque es también la que tiene más fechas y detalles sobre la vida de usted anterior al año de 1855. Si usted pudiese hacer algunos apuntes de hechos y fechas solamente, le agradecería yo mucho los hiciera cuando sus ocupaciones se lo permitan, pues creo que debemos a la patria tener los datos necesarios para formar una biografía completa de usted.

Mr. Liffit regresó anoche para New York. Como es natural suponer quiere que en las próximas elecciones del Congreso se renueve su contrato. Esto no se podrá hacer, sin embargo, sin orden expresa del gobierno. Siendo este un punto muy delicado yo lo dejaré a la determinación de usted y solamente daré mi opinión respecto de él. Procuraré que todo vaya por el correo de la semana próxima.

La familia de usted sigue sin novedad. El calor ha moderado un poco.

Soy de usted afectísimo amigo, atento y seguro servidor.

Matías Romero

Mr. Harlan renunció ya el ministerio del Interior. El presidente ha nombrado a Mr. Browning su sucesor.

El general Grant me dice que esta procurando que los 10,000 fusiles que están ahora en Brownsville, por orden suya, según usted sabe, se nos den a nosotros. No creo, sin embargo, que lo consiga mientras Mr. Harton y Mr. Seward estén en el gabinete. Se conoce que ya está algo ofendido con Mr. Stanton y que apoya los trabajos de algunos amigos suyos para que el presidente lo encargue del ministerio de Guerra. Acaba de ser hecho general por el Congreso, grado que nunca había existido en este país.

JUÁREZ RECTIFICA
LA BIOGRAFÍA DE ZERECERO

Chihuahua, agosto 20 de 1866

Señor don Matías Romero

Mi estimado amigo:

Con la carta de usted, de fecha 14 de julio último, recibí dos hojas del periódico titulado *La Voz de América*, número 21, que se sirve usted remitirme y en que comienza la lineación de un artículo biográfico que le enviaron de México.

Agradezco a usted lo mismo que al autor del artículo, el interés que tienen en dar a conocer al público los actos de mi vida, juzgándome por ellas del modo favorable que no merezco. A esto sólo debería limitarse esta contestación a su citada carta, pero habiendo advertido algunas equivocaciones en la relación que se hace de algunos hechos, voy a decirle alguna cosa sobre este particular.

Mientras esa clase de escrito ha aparecido con el carácter de anónimo, no me he ocupado en rectificar los hechos inexactos que contienen respecto de mi vida pública; pero ahora que ha tenido usted la bondad de autorizar con su firma la publicación del artículo citado, me creo obligado a rectificar algunos hechos de que ni usted ni la persona que lo escribió podrían tener un conocimiento exacto y son los siguientes:

Primero, que en 1847 al presentarse el general Santa Anna en los límites del estado de Oaxaca, exigió que se le entregara el mando para continuar la guerra. Segundo, que en noviembre de 1855 aproveché la ausencia del señor Comonfort para obtener del señor presidente don Juan

Álvarez que firmara la Ley de Administración de Justicia que entonces se expidió y, tercero que, cuando en 20 de marzo de 1858 fue atacada y sitiada mi escolta por el teniente coronel don Antonio Landa en el pueblo de Santa Ana Acatlán en el estado de Jalisco, propuse a los señores ministros que me acompañaban, que me entregasen al enemigo para que ellos se salvaran. Diré a usted lo que verdaderamente pasó en cada uno de los hechos mencionados, para que, del modo que lo estime usted conveniente, se sirva rectificarlos.

Luego que me encargué del gobierno del estado de Oaxaca en 1847, los partidarios de la administración ilegal que acababa de desaparecer, unidos a los que deseaban la vuelta del señor Arteaga al gobierno, comenzaron a trabajar activamente en formar un motín que diese por resultado la realización de sus deseos y obligaron al gobierno que entonces se ocupaba en preparar la defensa del estado contra la invasión extranjera a dictar las medidas necesarias para conservar el orden público. En tales circunstancias se recibió la noticia de que el general Santa Anna, que estaba ya separado del mando del ejército de la República, había llegado a la ciudad de Tehuacán con el intento de dirigirse a la capital del estado de Oaxaca. Esta noticia alentó a los perturbadores del orden en dicha capital, que redoblaron sus trabajos escribiendo y mandando agentes al general Santa Anna, para obligarlo a apresurar su marcha. El ayuntamiento me dirigió una exposición y la Legislatura una excitativa, para que de ninguna manera permitiera la venida de aquel general, porque su presencia en la ciudad en aquellas circunstancias era nociva al orden público; entonces ordené al gobierno del departamento de Teotitlán del Camino que, en el caso de que el general Santa Anna se internase en el territorio del estado, le hiciese saber que podía pasar o permanecer en cualquier población del mismo, menos en la capital y sus inmediaciones. El señor Santa Anna entró, en efecto, al territorio del estado, estuvo algunos días en Teotitlán y después se retiró rumbo a Orizaba, sin haber exigido que se le entregara el mando.

Cuando el señor Álvarez llegó a la Ciudad de México en 1855, el punto a que dedicó preferentemente su atención fue la reorganización de la administración pública, por lo que, en la primera junta de gabinete que

se celebró, acordó que los ministros trabajasen en sus respectivas ramas y le presentasen los proyectos de leyes y reglamentos que debían expedirse con aquel objeto. Desde entonces manifesté que, en mi concepto, era indispensable introducir en el ramo de administración de Justicia algunas reformas derogando o modificando por lo pronto las disposiciones que daban existencia a los tribunales especiales, porque eran notoriamente nocivos a la sociedad por el abuso de las clases a cuyo favor se dictaron y por estar en pugna abierta con el principio de igualdad que la nación, en la última revolución que acababa de triunfar, se había propuesto hacer efectiva. El señor Álvarez estuvo conforme con esta indicación y el señor Comonfort no la contrarió. En este concepto formé el proyecto de Ley de Administración de Justicia, que presenté al señor presidente para que se tomase en consideración. El señor Comonfort, cuando le hablé de este negocio, me manifestó que por estar sumamente recargado de quehacer en su ministerio, no podría asistir a la lectura y examen del proyecto; pero que se podría despachar sin su presencia, en el concepto de que estaba conforme con lo que se acordase. El señor presidente fijó día para tratarse este asunto y, llegada la hora convenida, el señor Álvarez dijo que el señor Comonfort había avisado que no asistía al acuerdo porque había salido de la ciudad por asuntos de familia; entonces y, en atención a que la administración de Justicia estaba paralizada por falta de magistrados y jueces legalmente nombrados, dispuso el señor presidente que no se difiriere por más tiempo el despacho de este negocio. Leído, discutido y aprobado el proyecto referido, mandó el señor Álvarez que se imprimiera y publicara, sin que en esto hubiera habido sorpresa ni estratagema de ninguna especie.

Respecto del suceso de Santa Ana Acatlán, debo decir que después de haberse roto los fuegos entre la pequeña fuerza que yo llevaba y la que mandaba el teniente coronel Landa, me manifestó el señor general don Francisco Iniestra, jefe entonces de mi escolta, que si el enemigo emprendía un asalto, era inevitable nuestra pérdida, porque las municiones se estaban ya agotando, el edificio en que nos hallábamos era sumamente débil y el enemigo contaba con cerca de 600 hombres con dos piezas de artillería, no pasando de 70 los nuestros, lo que me

participaba para que pensara en el modo de salvarme y le diese órdenes que cumpliría exactamente como era su deber. Manifesté a los señores ministros lo que acababa de participarme el señor Iniestra y les dije que mi opinión era que ellos y los demás empleados que formaban mi comitiva, podían salirse de aquel local con todas las precauciones posibles para no ser vistos del enemigo y ocultarse en algunas casas de la población o marcharse al campo para librarse de las consecuencias de un asalto, que indudablemente emprendería el enemigo en el resto de aquella tarde o en la madrugada del día siguiente, que yo me quedaba a seguir la suerte de nuestra fuerza y que el medio de salvación que yo les indicaba no les era indecoroso porque no ejerciendo ellos mando alguno militar en aquellos momentos, ni siendo nombrados para permanecer constante y forzosamente a mi lado en situación en que nada podía despacharse en las ramas de gobierno, no tenían el mismo deber estricto que yo para permanecer en sus puestos en aquellas circunstancias. Ellos, sin embargo, me contestaron de un modo enérgico y decidido que no aceptaban mi indicación, cualquiera que fuese la suerte que nos tocara. Les di las gracias y dispuse que si en el resto de la tarde no sufríamos un asalto, aprovecháramos la noche para romper el sitio, único medio probable de salvación que nos quedaba. Se comunicó la orden al señor Iniestra y emprendimos nuestra marcha a las once de la noche.

Suplico a usted me mande el resto del artículo que ha motivado esta larga carta por si hubiera algún otro hecho que deba rectificarse por mi parte.

Soy de usted amigo afectísimo que besa su mano [q. b. s. m.].

Benito Juárez

SEWARD LLAMA LA ATENCIÓN A FRANCIA
POR NOMBRAMIENTOS DE MAXIMILIANO
A FUNCIONARIOS FRANCESES

Washington, agosto 16 de 1866

Señor marqués de Montholon, etc.

Señor:

Tengo el honor de llamar vuestra atención sobre dos órdenes o decretos que se dice haberse expedido, en 26 de julio próximo pasado, por el príncipe Maximiliano, que se titula Emperador de México [*who claims to be Emperor in Mexico*], en los cuales dice que ha confiado la dirección del departamento de la Guerra al general d'Osmont, jefe del Estado Mayor del cuerpo expedicionario y la del departamento de la Tesorería² a Mr. Friant, intendente en jefe del mismo cuerpo.

El presidente cree necesario hacer saber al emperador de los franceses que el nombramiento de estos oficiales para funciones administrativas, hechas en este momento por el príncipe Maximiliano, puede, por su naturaleza, perjudicar a las buenas relaciones que existen entre los Estados Unidos y la Francia [*is not unlikely to be injurious to good relations between the United States and France*] porque puede considerarse por el Congreso y el pueblo de los Estados Unidos como indicando, de parte de la Francia, una serie de medidas incompatibles con la promesa que ha hecho de retirar el cuerpo expedicionario de este país.

Recibid, etc...

William H. Seward

² El cargo en realidad se llamaba ministro de Hacienda.

SANTA ANNA CONTESTA CON GRAN CINISMO
LA REPULSA DEL GOBIERNO Y DE ROMERO

Nueva York, septiembre 5 de 1866

(Señor Matías Romero)

Señor:

Ha llegado a mis manos la nota de usted, fecha 6 del mes próxima pasado, acompañada de otra del señor don Sebastián Lerdo de Tejada, secretario de Relaciones Exteriores y Gobernación, fecha 6 de julio, en Chihuahua.

Antes había recibido la carta de usted de 25 de mayo, en respuesta a la mía de 21 del mismo mes, en que ofrecía mis servicios, una vez más, en defensa de la causa nacional. Los términos inusitados de esta nota, en que se me hacen imputaciones altamente injustas y ofensivas, me habían retraído de contestarla. Mas, como las dos arriba citadas la aprueban y reproducen, me es forzoso darles una vez por todas mi contestación.

Antes que todo, permítame usted observar que el lenguaje rudo y agresivo con que se responde al cortés ofrecimiento de mis servicios, en momentos solemnes, no sólo me parece inoportuno sino enteramente ajeno de hombres públicos.

En las notas que contesto me hace usted los cargos más denigrantes. Con igual ceguera e irreflexión los adopta el señor Lerdo de Tejada. No debo, pues, dejarlos pasar, sin oponerles la más explícita y categórica contradicción, en honor de la verdad.

Me dice usted en la carta de 25 de mayo, aprobada subsiguientemente por el señor Tejada, que "he sido yo el primero en solicitar el establecimiento de una monarquía europea en México, cuando

ejercía el Poder Supremo y que he reconocido y apoyado la intervención que el emperador de los franceses ha llevado a nuestra patria, según aparece de documentos recientemente publicados".

Hasta ahora ignoraba que realmente se invocasen, como pruebas, las imputaciones gratuitas de los que, entre nosotros, como en todos los pueblos, atacan el personal de todos los gobiernos, sin sustanciar los cargos, ni menos comprobarlos en la forma debida, contentándose con vanas y vagas declamaciones, que únicamente pueden extraviar a los ignorantes.

Si la urbanidad y cortesía con que siempre he acostumbrado y acostumbro tratar a quienes impugno, inducen a usted a imputarme el que apoyo a éste o al otro gobierno, padece usted un grave error. A franceses, españoles y norteamericanos, en nuestras contiendas nacionales pasadas, he tratado siempre, aun en medio del fragor de los combates, con aquel comedimiento acostumbrado invariablemente entre naciones cultas.

Estaba reservado a usted y al señor Lerdo de Tejada rechazar los servicios que ofrezco a mi patria, bajo el pretexto, bien peregrino por cierto, de imputarme traición a todas las causas y partidos.

Si se exceptúa esta contienda que no yo, como dice usted, sino las malas pasiones y las discordias domésticas han traído a nuestra patria, no hay una vez en que México, desde su transformación política en 1821, se haya empeñado en una guerra, en que yo no haya sido el primero en servirla con mi persona y mis recursos, sin limitación alguna. Eso dice a usted y al mundo la historia contemporánea.

¿Puede alguien creer, de buena fe, como dice usted, que yo "haya reconocido y dado todo el peso de mi influencia, al proyecto traidor de derrocar al gobierno nacional de nuestra patria y establecer otro que la constituya en dependencia de la Francia?".

Los hechos están en abierta contradicción con usted. ¿Me han admitido, siquiera por un limitado tiempo, los prosélitos del archiduque Maximiliano, ni los franceses que lo apoyan, a residir en el suelo de nuestra patria? Si se me hubiese tenido por amigo y cooperante de la intervención y del intruso imperio actual ¿se me habría lanzado fuera del país, al presentarme a las playas de mi patria, sin aparato hostil y sólo por

asuntos domésticos? No se me oculta que la razón de mera cortesía y política con que he tratado, cuando ha sido menester, a las autoridades imperiales, se procura convertir, irreflexiblemente, en cargo de traición, dando por sentado que era infidelidad mi prudencia. Los hechos, con su irresistible lógica, me están justificando. Los decretos de extrañamiento con que la intervención francesa me ha regalado, no comprueban, por cierto, ese apoyo que tan gratuitamente me imputa usted en favor de los usurpadores.

Continúa usted fundando la inadmisión de mis servicios en que, "durante los últimos años de mi vida, he estado asociado con el partido conservador de México", partido que, dice usted, "ha sido el promotor del proyecto antipatriótico antes mencionado, de sojuzgar a México". Esto, añade usted, "haría temer que, en la participación que yo tomase en los asuntos de la República, tratase de promover alguna revolución, como dice usted lo he hecho otras veces, en favor de ese partido y con el objeto de dejar impunes a los miembros culpables de él y que así quedarían defraudadas las justas esperanzas de nuestro pueblo".

No puedo comprender cómo ha ocurrido a usted un raciocinio tan contradictorio e incoherente.

Si se teme que vaya a encabezar yo una revolución en la mira exclusiva de un partido ¿cómo es dable que se me ocurra poner mi espada al servicio de los antagonistas más implacables de ese partido? En tal caso, comenzaría el plan del peor modo imaginable, sacrificando, con semejante paso, ese influjo irresistible, que usted me supone, en el partido conservador. Además, era imposible uniformarlo después como un bando compacto.

Mal pudiera yo ponerme al servicio de los mismos que, en años pasados, cuando ejercía el Poder Supremo, he tenido que combatir; cuando conspiraban contra el orden público y las instituciones, si yo tuviese otro fin que el de unir todos los partidos en el sentimiento de defender la República y la independencia. En esto he querido dar el ejemplo, porque nuestra ruina es segura, si no sacrificamos, ante los intereses de la patria, nuestros odios y disensiones domésticas,

propendiendo todos a la defensa de la República, contra toda clase de enemigos, naturales o extranjeros.

Usted, con el señor (Lerdo de) Tejada, me hace cargo de no haber ofrecido mis servicios a la República, cuando creía poderosa la intervención y de hacerlo hoy cuando está próxima a expirar.

Por cierto que jamás he tenido por poderosa y permanente la intervención. La he mirado en su duración y efectos como transitoria. No hay yugo extranjero bastante fuerte que un pueblo, por débil que sea, no pueda sacudir. Lo que hay de verdad, de triste y doloroso para nuestra patria, es ver que todavía respiren odios y venganzas implacables los mismos hombres que figuran a la cabeza de un movimiento tan digno del mejor éxito.

Ciertamente, no deploro tanto las calumniosas imputaciones que se me hacen, como esa ceguedad inexorable con que se proclama paladinamente el exterminio de un círculo valioso de nuestra sociedad. Los términos con que usted y el gobierno de Chihuahua proscriben un partido numeroso del pueblo mexicano, presentan un programa de muerte y desolación que horroriza al contemplarlo. Si es fácil encender la hoguera, no se percibe hasta dónde haya de alcanzar el número de víctimas.

Tengo la firme persuasión de que si no se acallan las discordias y los odios intestinos, nunca tendrá término la efusión de sangre hermana, ni las calamidades que afligen nuestro desgraciado país.

Por decoro me he abstenido y me abstengo de hacer imputaciones criminales de ningún género, al repeler las que usted y el señor (Lerdo de) Tejada me prodigan, atribuyéndome los peores motivos de conducta y juzgando hasta de mis intenciones.

¿Ignora usted acaso que mis valiosas propiedades han sido mandadas confiscar, en castigo a mi adhesión a la causa nacional?

Habría podido no contestar los cargos vagos e infundados que se me hacen en las notas que respondo, pero temo que se interprete desfavorablemente mi silencio en tan delicada cuestión.

Tocante a mis precedentes, a que usted alude, diciendo que he servido a todos los partidos, permítame decirle que mi conducta pública

jamás ha tenido por móvil la razón de partido. Como militar he ocupado siempre el puesto que me señala el deber. Usted no puede ignorar que, desde antes de la fundación de la República, he combatido siempre y derramado mi sangre en los conflictos internacionales, al pie de esa bandera que enarbolé yo, el primero, ante el mundo civilizado.

No me arredran los términos bruscos con que se rechazan mis servicios, en las notas citadas. Me anima el mismo deseo y reconozco el mismo deber de hacer valer, en los conflictos de la patria, la espada con que me honró en mejores días.

El pueblo que usted invoca sabrá apreciar el sacrificio que he hecho al ofrecer mi nombre al escarnio de los mismos a quienes he combatido en defensa de las instituciones. Por mi parte, propenderé siempre a la unión de nuestros compatriotas, como condición indispensable para el triunfo de la República.

Soy de usted muy atento y seguro servidor q. b. s. m.

Antonio López de Santa Anna

ROMERO CONTESTA CON ENERGÍA
Y PRECISIÓN A SANTA ANNA

Washington, septiembre 20 de 1866

Señor don Antonio López de Santa Anna
Nueva York

Muy señor mío:

Antenoche recibí la comunicación que se sirvió usted dirigirme con fecha 5 del que cursa, en respuesta a mi carta de 25 de mayo último y a mi nota de 6 de agosto siguiente, con la segunda de las cuales trasmití a usted la contestación de nuestro gobierno, respecto al ofrecimiento de servicios que hizo usted en su carta de 21 de mayo citado.

El motivo de haber recibido con tanto retardo la referida comunicación de usted, fue el que, seguramente por inadvertencia de su secretario, se envió al correo sin franquear el pliego que la contenía, según verá usted en la cubierta que trajo y que ahora le devuelvo. Esto hizo que no se le diera curso en la estafeta en esa ciudad y que se remitiera a la oficina de cartas rezagadas del departamento de correos de Washington, de donde, por cortesía, se me envió antenoche. Hago a usted esta explicación, para disculparme del retardo con que acuso recibo de su comunicación mencionada.

Aquí debería yo terminar esta carta, si las consideraciones en que usted ha tenido a bien entrar y los cargos que hace al gobierno que represento y a mí en lo personal, no me impusieran el deber de dar una respuesta más detenida a la comunicación de usted. Prefiero hacerlo en carta particular, para poder hablar a usted con más libertad, dejando a un lado las restricciones y formalidades que impone el estilo oficial.

Ha parecido a usted "rudo y agresivo" el lenguaje de que se ha usado al responder a la oferta de sus servicios y lo caracteriza usted de inoportuno y aun de enteramente ajeno de hombres públicos. Desde que puse en manos de los comisionados de usted mi carta de 26 de mayo, he oído estas quejas que a mi juicio son infundadas. Si usted se hubiera limitado a hacer una oferta por escrito de sus servicios, me habría yo limitado también a acusar a usted recibo de su comunicación relativa y a avisarle que la trasmitía a mi gobierno pero, además de esto, tuvo usted a bien enviarme una comisión compuesta de cuatro caballeros, encargados de darme explicaciones sobre los deseos y planes de usted. De acuerdo con sus instrucciones y con el tenor de su carta de 21 de mayo, entraron conmigo en detenidas explicaciones, que fueron francas por mi parte, sobre el estado de nuestra patria y conveniencia de aceptar o no, los servicios de usted. Después de haber tenido dos largas conferencias con ellos, creí de mi deber dejar consignados por escrito los puntos principales de mis observaciones, para evitar que después se suscitaran algunas dudas sobre los conceptos que se habían vertido.

En mi carta citada, procuré con empeño especial ser franco, sin ser irrespetuoso. No tenía yo motivo ninguno para tratar de ofender a usted ni, aunque lo hubiera tenido, lo habría hecho en esa ocasión. Respeto demasiado la posición en que me ha colocado nuestro gobierno, para abusar de ella, permitiéndome desahogos personales. Habría sido, además, poco generoso tratar de ofender a usted cuando ocurría respetuosamente en solicitud de que se le aceptaran sus servicios. Eso es ajeno de mi carácter. Si, pues, encontró usted en mi carta algunas frases que le parecieran duras y que tal vez lo hayan sido, será necesario atribuir esto a las circunstancias y los hechos que resultan de los antecedentes de usted; pero no a un deseo innoble de ofenderlo.

Permítame usted, señor, que le diga (de) una vez por todas con esta ocasión que, no habiendo tomado parte en la política de nuestra patria mientras usted ha estado en ella, pues mi participio, en los negocios públicos de México, data desde diciembre de 1855, después de la salida de usted de Veracruz en agosto del mismo año; nunca he tenido a usted por adversario en política, ni tampoco he llegado a sufrir, de una manera

directa, mal ninguno, ocasionado por usted o su gobierno. No tengo, por lo mismo, el más ligero motivo para ver a usted con resentimiento; lo considero como un hombre histórico y lo juzgo y he juzgado, hasta donde llegan mis alcances, con la misma imparcialidad que podrá usted esperar de las generaciones futuras.

Se queja usted de que en mi carta de 25 de mayo le hice cargos que califica de denigrantes y que, a juicio de usted, son del todo infundados. Estos son dos, a saber: primero, que usted ha sido el primero en solicitar el establecimiento de una monarquía extranjera en México, cuando ejercía el Poder Supremo y, segundo, que ha reconocido usted y apoyado la intervención que el emperador de los franceses ha llevado a nuestra patria.

Estos dos hechos son tan patentes y han sido reconocidos por usted en tan diferentes ocasiones y de tan diversas maneras, que sorprende ahora el que trate de negarlos y el que los llame "imputaciones gratuitas".

Podría usted alegar, como circunstancia atenuante, el que erró, según lo ha dicho usted ya; podría usted decir que ese error fue de buena fe, que creía usted alcanzar de esa manera el bienestar y prosperidad de nuestra patria; pero los hechos de que solicitó usted el establecimiento de un gobierno extranjero en México y de que reconoció y se sometió a la intervención francesa, prestándole el apoyo de su nombre, son del todo innegables.

Para que no crea usted que "refuto las imputaciones que se le han hecho, sin sustanciar los cargos y menos comprobarlos", le manifestaré, aun a riesgo de ser difuso, que las publicaciones hechas recientemente, por los últimos amigos políticos de usted, suministran cuantas pruebas pudieran desearse a este respecto. En el pleno poder que dio usted a don José María Gutiérrez Estrada, el 1º de julio de 1854, siendo dictador de México, lo autorizó usted "para que, cerca de las cortes de Londres, París, Madrid y Viena, pudiera entrar en arreglos y hacer los debidos ofrecimientos, para alcanzar de todos esos gobiernos, o cualquiera de ellos, el establecimiento de una monarquía derivada de alguna de las casas dinásticas de esas potencias".

Esto probará o no que tenía usted desprendimiento, cuando pudiendo declararse monarca, según asegura usted en su manifiesto de 7 de junio último, estaba pronto a ceder el puesto a un monarca extranjero; pero deja fuera de duda el hecho de que solicitó usted el establecimiento de una monarquía europea.

En los mismos documentos antes citados, que se publicaron en los números 20 y 22 de enero último, del llamado *Diario del Imperio de México* y cuya autenticidad no ha negado usted, se ve que luego que llegó a su conocimiento que el emperador Napoleón había decidido enviar a México al archiduque Maximiliano, esto es, el 30 de noviembre de 1861, aun antes de que las fuerzas aliadas llegaran al territorio de la República, escribió usted desde San Thomas, al señor Gutiérrez Estrada, lo que sigue:

El candidato de quien me habla usted, S. A. I., el archiduque Fernando Maximiliano, es inmejorable; por consiguiente, me apresuro a darle mi aprobación". No contento con esto, escribió usted, con fecha 24 de diciembre de 1863, al mismo archiduque, una carta en que manifestó un entusiasmo tan grande por su persona y le hizo protestas de sumisión de tal naturaleza, que puede servir de modelo al estilo epistolar en los gobiernos despóticos.

En seguida se trasladó usted a Veracruz y, el 28 de febrero de 1864, dirigió usted a don Juan de Dios Peza, titulado subsecretario de Guerra y Marina de la regencia establecida por los franceses, una comunicación en que le participaba que volvía a México a "cooperar en cuanto de usted dependiera, a la consolidación" del aparato de gobierno creado por la intervención y concluía usted solicitando que se le dieran las órdenes que la llamada regencia "estimase convenientes.

Si después de esto insiste usted en decir que no ha reconocido a la obra de la intervención francesa, será necesario convenir en que el

lenguaje tiene para usted una significación muy distinta de la que le da el común de los hombres.

En la comunicación que ahora contesto, dice usted que "si la urbanidad y cortesía con que siempre ha acostumbrado y acostumbra tratar aun a los mismos a quienes impugna, me inducen a imputarle el que apoye a éste o al otro gobierno, padezco un grande error". Si llama usted urbanidad y cortesía al reconocimiento que hizo de la intervención francesa en México, no será posible que tomemos a lo serio el ofrecimiento de servicios que hizo usted en mayo último. No hay motivo para que no lo llame usted más tarde pura urbanidad y cortesía, con tanta más razón, cuanto que, comparando los términos de ambos ofrecimientos, se nota que son mucho más expresivos los del primero.

Continuando en la muy difícil tarea de probar que no ha reconocido a la intervención, dice usted lo que sigue: "Los hechos están en abierta contradicción con usted. ¿Me han admitido siquiera, por un limitado tiempo, los prosélitos del archiduque Maximiliano, ni los franceses que lo apoyan, a residir en el suelo de nuestra patria?"

Y más adelante agrega usted: "¿Ignora acaso usted que mis valiosas propiedades han sido confiscadas, en castigo de mi adhesión a la causa nacional?"

El que los franceses y traidores no hayan admitido a usted, no prueba que usted no los haya reconocido y apoyado con la influencia de su nombre y aun haya tenido disposición de sostenerlos con la espada; prueba sí, que usted, por su conducta pasada y por las peculiaridades de la presente, no les ha inspirado confianza. El hecho de que el usurpador haya mandado intervenir los bienes que usted tiene en el estado de Veracruz, lejos de demostrar que usted no lo haya reconocido, prueba que, a los ojos de él, es usted traidor a su causa. Los bienes de los mexicanos, que desde el principio han creído de su deber oponerse a la intervención francesa y a todas sus consecuencias, no han sido ni intervenidos ni confiscados; el que los de usted lo hayan sido, prueba que usted ha estado con ellos, supuesto que creen tener motivos para tratarlo con especial rigor.

Demostrados estos dos puntos, debo pasar a los demás que usted menciona en su carta. Dice usted en dos pasajes de ésta que yo he rechazado sus servicios, en lo cual creo que no hay exactitud, usted los ofreció por mi conducto a nuestro gobierno; yo trasmití su oferta sin demora al Presidente de la República y, al hablar con los comisionados de usted, les manifesté francamente los motivos que había para dudar que fueran aceptados y para que yo no los pudiera admitir por mí mismo. El gobierno pudo muy bien haberlos aceptado después de lo que yo había dicho, si lo hubiera creído conveniente a los intereses de nuestra patria.

Entre los motivos que entonces expresé para considerar dudosa la conveniencia de hacer tal aceptación, se comprende el de que la alianza de usted, durante los últimos años de su vida, con el partido conservador de México que ha sido el promotor y sostenedor del proyecto antipatriótico de convertir a la nación en dependencia de la Francia, hacía temer, que en la participación que usted tomase en los asuntos de la República, tratase, o de promover alguna revolución en favor de ese partido para dejar impunes a los miembros culpables de él o de levantar acaso una nueva bandera.

Usted se sirve llamar a estas consideraciones "raciocinio contradictorio e incoherente" y entra en algunas reflexiones para apoyar esta calificación. Nadie que conozca los antecedentes de usted y que lo juzgue con imparcialidad podrá dejar de advertir cuán fundados son aquellos temores. Las circunstancias de que, tanto la República como la intervención francesa, hayan desechado los servicios de usted manifiesta que mexicanos y franceses dudan de la buena fe de usted y temen sus defecciones. Que usted haya dado motivo para abrigar esos temores es cosa que nadie podrá dudar.

A propósito de los partidos de México, dice usted que no trabaja en favor de ninguno y que su deseo es unirlos a todos en el sentimiento de defender la República y la independencia. Más adelante dice usted lo que sigue:

Ciertamente, no deploro tanto las calumniosas imputaciones que se me hacen, como esa ceguedad inexorable, con que se proclama

paladinamente el exterminio de un círculo valioso de nuestra sociedad. Los términos en que usted y el gobierno de Chihuahua proscriben un partido numeroso del pueblo mexicano, presentan un programa de muerte y desolación que horroriza el contemplarlos.

En algunos de los conceptos de usted sobre conciliación de los partidos, podía yo estar de acuerdo; respecto de los demás, no puedo abstenerme de decir a usted que ni en mi carta de 25 de mayo, ni en la nota del señor Lerdo de Tejada de 6 de julio, hay frase ninguna que autorice la interpretación que usted ha dado a ambos documentos.

Los partidos no pueden dejar de existir en un gobierno republicano; son necesarios para servir de barrera a la usurpación de los gobiernos y de contrapeso a la autoridad; mientras permanecen en los límites legales, son una ventaja y no un mal para la nación. Su organización y tendencias dependen de las cuestiones de actualidad y pasan con ellas. La cuestión principal que se ha debatido en México desde que se estableció la República es la del progreso; al partido que lucha en defensa de esta causa se ha llamado liberal; al que ha estado en favor del *statu quo* o del retroceso, se ha llamado conservador. Los miembros de este partido se salieron de los límites que imponen las leyes y el patriotismo, en el momento que solicitaron la intervención de una nación extranjera en los negocios interiores de su patria para que derrocara al gobierno nacional establecido y fundara un orden de cosas que, cualesquiera que fueran las apariencias, no podrían menos que constituir en dependencia europea. Ese mismo partido, casi en masa, reconoció la intervención que algunos de sus caudillos habían solicitado y la ha estado apoyando y sosteniendo. Desde ese momento dejó de ser un partido, para convertirse en una facción traidora. El partido liberal, creyó de su deber, todo él, a excepción de algunos cuantos tráfugas, oponerse a la intervención extranjera y defender a toda costa la independencia de la patria. Desde el momento en que esto sucedió, el objeto y nombre de los partidos ha cambiado; hay uno nacional e independiente que lucha contra la conquista extranjera y una facción

afrancesada o traidora que está unida al invasor de la patria. Todos los antiguos conservadores, animados de sentimientos patrióticos que no han querido seguir a su partido, han encontrado una buena y franca acogida en el partido nacional y los pocos liberales que se han unido al usurpador, han pasado a la facción traidora. Los esfuerzos del gobierno nacional, por atraerse a sus banderas a todos los mexicanos, sin distinción de partidos, que deseen la independencia de la patria, son notorios. Todos los que llamaron al invasor o que lo han sostenido activamente, ya sea que antes se titularan conservadores o liberales son, a mi juicio, reos de traición y deberán ser castigados de la manera que las leyes lo determinaren. Así lo exigen la moral pública y el bien de la sociedad.

En mi carta de 25 de mayo no dije a usted que se temiera que la intervención de usted en la política de nuestra patria ocasionase alguna revolución en favor del partido conservador, con objeto de dejar impune a este partido, sino a los miembros culpables de él, lo cual no es proscribir a un partido en masa, como usted lo entiende.

En esta segunda guerra de independencia se está reproduciendo lo que pasó en la primera: una parte de la nación, aunque mucho más pequeña que la que entonces se unió a los españoles, se ha unido a los franceses; aquélla hizo armas contra sus hermanos que peleaban por lo que hay de más sagrado sobre la tierra; como ésta pelea hoy, bajo el pabellón francés, por subyugar a la madre común. La inexperiencia y candor de nuestros padres les hizo aceptar a los mexicanos anti-independientes, cuando sus intereses personales los decidieron a abandonar la causa que defendían y a dejar en sus manos la situación. Los males consiguientes a este grave error han sido incalculables y la intervención francesa de ahora es una de sus consecuencias. Para que el paralelo sea más completo, tenemos a usted mismo, que al principio peleó con los españoles y después se volvió independiente, reconociendo a la intervención francesa y tratando en seguida de oponerse a ella. Considero que es deber de todo mexicano, que ame algún tanto a su patria, el impedir que ahora se repita el error de 1821.

Para concluir, me dice usted que "su conducta pública jamás ha tenido por móvil la razón de partido" y que "como militar ha ocupado siempre el puesto que le señala el deber".

Me parece de todo punto innecesario detenerme a discutir los antecedentes de usted. Nada ganaríamos con esa discusión. La historia los tiene ya consagrados de una manera inalterable; pero sí creo poder asegurar a usted que nadie que desee dejar un nombre sin mancha a la posteridad, envidiaría a usted algunos de sus antecedentes.

Si alguna duda quedara aún del tino y cordura con que el gobierno de México procedió al no aceptar los servicios de usted, usted mismo ha venido a disiparla, manifestando su intención de tomar parte en la escena política de México, aun contra la determinación de su gobierno. Si ha tenido usted esta intención, no pudo haber sido de buena fe la oferta de sus servicios. Si reconoce usted que el Presidente de la República es el jefe supremo de la nación, encargado de dirigir la defensa de la patria, deberá usted someterse a sus determinaciones. Si éstas son injustas o inconvenientes, la responsabilidad recaerá sobre él y no sobre usted; pero si, después de saber que él considera la presencia de usted en la República perjudicial a la causa de la independencia, insistiere usted en ir, habrá de ser, o para unirse activamente a los traidores no arrepentidos o para levantar una nueva bandera y una y otra cosa serán tan antipatrióticas como criminales.

Me dice usted que "por decoro se ha abstenido y abstiene de hacer imputaciones personales de ningún género, al repeler las que yo y el señor Lerdo de Tejada, le prodigamos".

Supongo que con esto no habrá usted querido dar a entender que podía explicar con motivos innobles nuestra conducta para con usted. Si esto fuere así, debería usted a la nación el hacer cuanto antes esas imputaciones. Si se refieren solamente a personalidades, que no tengan nada que ver con los negocios públicos, ha procedido usted muy cuerdamente en no hacer uso de ellas. Partiendo de este principio, me he abstenido yo de hablar de todo lo que no tenga una relación dilecta con la aceptación de los servicios de usted. No puedo prescindir, sin embargo, de mencionar en conexión con este asunto, que habría usted ahorrado

gran descrédito al nombre mexicano si hubiera usted dejado de venir a este país, puesto que la conducta de usted en Nueva York, los hechos que han salido a luz en los diversos pleitos que tiene usted pendientes, ya como actor, ya como reo y todos los demás incidentes que se relacionan con esos litigios, son de tal naturaleza que no pueden menos de hacer sonrojarse a todo el que estima en algo el honor del nombre mexicano en el extranjero.

En varios párrafos de su carta, me atribuye usted conceptos vertidos por el señor Lerdo de Tejada, como cuando dice usted que "le hago el cargo de no haber ofrecido sus servicios a la República, cuando creía poderosa a la intervención y de hacerlo hoy, cuando está próxima a expirar", o bien, lo que ni uno ni otro hemos dicho, como, por ejemplo, cuando al hablar del partido conservador asegura usted que yo "le supongo una fuerza irresistible en él". No he podido encontrar frase ninguna en que haya yo expresado ese concepto, ni nada que autorice a usted a atribuírmelo.

De intento me he abstenido de contestar lo que dice usted respecto del señor Lerdo de Tejada, porque este caballero podrá responder a usted, si lo creyere conveniente, mucho mejor de lo que yo pudiera hacerlo.

Para concluir, debo manifestar a usted que con esta carta doy término a la discusión de los diversos puntos que promovió usted en su nota del día 5 y si tuviere a bien agregar algo sobre ella, le suplico se sirva excusarme de continuarla, pues no creo que llegue a conducir a ningún resultado apetecible.

Los hechos vendrán a demostrar, en los puntos que puedan considerarse dudosos, quién de los dos ha tenido razón o quién se ha acercado más a la verdad.

Soy de usted, señor, muy atentamente, su obediente servidor.

Matías Romero

ILEGALMENTE, JOHNSON CIERRA
EL PUERTO DE MATAMOROS AL COMERCIO

Washington, agosto 16 de 1866

Señor don Benito Juárez
Chihuahua

Mi muy querido amigo:

La correspondencia de esa, que debió haber llegado desde el domingo último, no ha venido y no creo ya que venga sino hasta el domingo próximo. No tengo por lo mismo, ninguna de las gratas de usted que contestar.

Las noticias que mando hoy son muy importantes. El abandono de Monterrey y de Saltillo por los franceses y la toma de Tampico por nuestras fuerzas. A esto se debe agregar la llegada de Matamoros del vapor *Everman* con los artículos de guerra que usted conoce.

El hermano de Mr. Campbell me vende aquí 1,500 carabinas de las que se cargan por la culata que nos serían de mucha utilidad en los estados de Oriente. Facilita todo el parque que se desee y el dinero necesario para pagar el transporte hasta la República. Estamos detenidos por el precio solamente. El quería \$50.00 pesos en bonos por cada carabina y yo le ofrecí 30. Las da ya a cuarenta pesos, aún ese precio me parece alto.

Recibí ya un cajón con libros que manda a usted el señor Terreros. Los libros son una edición de lujo del catálogo de los libros que forman la biblioteca de don Joaquín Gómez de la Cortina. No siendo de utilidad actual esta obra, no creo necesario enviársela a usted por el correo y la

mandaré a la señora de usted para que se la lleve a usted cuando ella regrese a la República.

Las cartas de Prieto que remito hoy a usted lo dejarán sorprendido, si fuera posible que algo pudiera, sorprender en Prieto. De una de ellas no tengo más que un ejemplar que envío al señor Lerdo oficialmente. En ella me da a mí un buen raspón. Supone a usted de acuerdo con Santa Anna y hace consistir en esto, la oposición al gobierno de usted.

La conducta antipatriótica de Ortega exige que se le trate con todo rigor. Creo que debería empezar por darlo de baja en el ejército.

Estoy con mucho cuidado porque no he tenido, hace días, carta del señor Maneiro y según parece de un párrafo que publicó el *Courrier des Etats Unis* de ayer y del que acompaño a usted copia, se había descubierto en París, quiénes eran mis corresponsales y se les había reducido a prisión. Espero todavía, sin embargo, que el amigo se haya salvado.

Sin tiempo para más por ahora, me repito de usted afectísimo amigo, atento y seguro servidor.

Matías Romero

Me dice que Gamboa fue reducido a prisión en México y deportado a Yucatán.

Mariscal tenía mucho deseo de irse a pasar algunos días a Nueva York, y le di licencia para que se ausente de aquí por un mes. El día 12 se fue para aquella ciudad.